

Los “jóvenes de los suburbios” en Francia: una revuelta protopolítica.

Entrevista a Gérard Mauger

Por Tobías Wainhaus

El sociólogo francés Gérard Mauger (Saint-Etienne, 1943), investigador del Centre National de la Recherche Scientifique (Consejo Nacional de Investigación Científica, CNRS) y director adjunto del Centre de Sociologie Européenne (Centro de Sociología Europea) que dirigió Pierre Bourdieu hasta su muerte, estuvo el año pasado en la Argentina presentando la edición castellana de su libro *La revuelta de los suburbios franceses: una sociología de la actualidad*, publicado por el sello Antropofagia. Se trataba también de la primera edición local de un autor que, llevado por un genuino interés por comprender diferentes regiones del mundo social, y de explorar los posibles usos de conceptos y esquemas interpretativos, ha realizado estudios clave en áreas muy diversas: la sociología de la juventud de sectores populares, de la cultura, de los intelectuales, de la “desviación” y de las políticas públicas.

En este trabajo, Mauger emprende lo que él mismo ha denominado como una “sociología de la actualidad”; es decir, pone a prueba la capacidad de la sociología para abordar las urgencias de la coyuntura política, sin los habituales “controles” ni los tiempos largos que exige la investigación científica. Se mide, así, con otros modos de producción simbólica y de representación de lo social, como son los discursos de los periodistas, los dirigentes políticos y los intelectuales. Su “objeto” es un hecho sumamente complejo: las revueltas juveniles que se sucedieron en los suburbios de grandes ciudades de Francia a lo largo de noviembre de 2005, inéditas por su amplitud y su duración. Según un informe de los servicios de inteligencia franceses publicado por *Le Parisien*, nunca antes “tantas ciudades habían sido afectadas al mismo tiempo”; nunca antes un movimiento había requerido veinte días para que las cosas volvieran a la calma, y nunca antes había tenido un costo tan alto: “más de 250 millones de euros en un espacio-tiempo limitado”.

El análisis de Mauger se organiza en torno de dos grandes ejes: por un lado, se dedica a construir una versión “controlada” de la revuelta, estableciendo una cronología de cómo se desencadenó, cómo se propagó y cómo llegó a su fin; al mismo tiempo, en este nivel,

describe el papel de los medios y del Estado; analiza la diversa composición de los participantes –sus “propiedades sociales”: condición de clase, etnia, religión, etcétera–, describe sus prácticas, y brinda una interpretación acerca del sentido de esas prácticas. Por otro, releva lo que él bautizó “la revuelta de papel”, es decir, las distintas tomas de posición acerca de los hechos que aparecieron en los discursos sociales más visibles, e identifica dos grandes líneas o intentos: de descalificación y de habilitación política de la revuelta y de los jóvenes participantes. “Los jóvenes de los barrios populares representan hoy el ejemplo por excelencia de ‘la clase-objeto’ –señala Mauger–, obligada a formar su propia subjetividad a partir de su objetivación, desposeída del poder de definir su propia identidad, pero también objeto de las más incompatibles ofertas de representación. [...] A menudo no tienen otra elección que no sea adoptar como propia la versión menos desfavorable de la definición que se les impone, o definirse en reacción a ella, asumiendo así una identidad fundamentalmente heterónoma, reactiva.”

Pregunta. En su libro escribe que, para la sociología, “la actualidad es un desafío intelectual pero también político”, en la medida en que sabe lo importante que es comprometerse con la coyuntura, pero es consciente también de los riesgos que implica prestar su autoridad científica a interpretaciones preconstruidas, o incluso a tergiversaciones. ¿Cómo se sitúa usted en ese juego contradictorio? Y luego, ¿qué cree que aporta específicamente la sociología a la lectura de la actualidad?

Respuesta: Se podría comenzar diciendo que, por su objeto mismo, la sociología o la discusión sobre el mundo social es necesariamente política, le guste o no a la sociología. En la medida en que cualquier sociólogo produce representaciones del mundo social, en la medida en que la actividad política consiste ella misma en reproducir representaciones sobre el mundo social, los sociólogos, los políticos y los periodistas hacen de una cierta manera el mismo trabajo. Todos producimos representaciones del mundo social, y participamos de la representación del mundo social. No de la misma manera, ni con los mismos instrumentos, ni con la misma autoridad, ni con la misma fuerza, pero todos participamos. Si los sociólogos tienen algo particular, pese a que tienen un poder menor al lado de los políticos o de los medios, es una autoridad que proviene de la científicidad de sus trabajos. La legitimidad que pueden demostrar es la legitimidad científica. Es por eso que hacer una sociología de la actualidad es un desafío

intelectual; porque el trabajo científico, el de encuestas en particular, requiere tiempo. Lo que supone llegar tarde al espacio público; por la manera en que organiza su trabajo, el sociólogo casi siempre llega después de la batalla. En este sentido, intervenir al mismo tiempo que los políticos o los periodistas es un desafío intelectual porque hay que intervenir tan rápido como ellos. Es la situación en la que me encontré cuando decidí hacer esta investigación, el trabajo sobre las revueltas de 2005. Si me decidí e hice primero entrevistas, después artículos y luego un libro sobre el tema es esencialmente porque había trabajado desde hacía mucho tiempo sobre el universo social en el que tuvieron lugar estas revueltas. Pensaba, con verdad o no, en que no era el que estaba peor situado para entender lo que pasaba en esos barrios populares en el momento de las revueltas. Y usé técnicas de trabajo que tienen que ver más con los historiadores que con los sociólogos: más con archivos que con el trabajo de campo con entrevistas. En primer lugar, como los historiadores, lo que hice fue construir un relato lo más controlado posible de lo que pasó en los suburbios en noviembre de 2005 en esta revuelta. Es un trabajo que se parece al del periodista, en la medida en que éste tiene un poco de tiempo para hacerlo, se toma el tiempo de usar las fuentes, controlar los datos. Entonces intenté realizar un relato lo más controlado y testeado posible de estas revueltas. Haciendo el relato me di cuenta de que junto con la revuelta de los suburbios había otra revuelta, otro debate que llamo “revuelta de papel”. La revuelta estaba todo el tiempo duplicada por otro debate que era la interpretación sobre la revuelta. Lo que intenté entonces es dar cuenta de este debate político, científico, intelectual y académico, porque había políticos, periodistas, intelectuales y sociólogos discutiendo en torno a lo que realmente sucedió en las revueltas. Esas son las dos partes de mi trabajo: por un lado, un relato lo más controlado posible de lo ocurrido, y por otro, las controversias sobre lo que pasó, sobre el significado de lo que pasó. Para ser más preciso, la controversia trataba sobre el carácter político, apolítico o no político de las revueltas.

¿Qué elementos encontró en esa “revuelta de papel” que resultaron especialmente significativos?

Partiendo de esta controversia entre dos posiciones, intenté hacer un repertorio de los argumentos esgrimidos por unos y otros. Y fue desde este debate que pude construir progresivamente una posición sobre lo que le parecía verosímil y lo que no en la

discusión sobre lo ocurrido. El desafío intelectual era llegar a decir qué sucedió y qué no sucedió en las revueltas. Y qué era lo que ellas implicaban. Desafío muy importante porque no contaba con los instrumentos propios de una investigación. No hice una investigación sobre la revuelta o en la revuelta; me permití hacer un análisis y describirla bajo la forma de lo que llamo una “revuelta protopolítica”, es decir, una revuelta que no responde a un modelo “moderno” de organización política; y que si bien ciertamente es susceptible de ser “politizada” (tanto por la izquierda como por la derecha) también puede ser convertida en un movimiento religioso, o incluso despolitizada. De esta forma respondí a una parte de la pregunta. La otra parte tiene que ver con la intervención del sociólogo en su costado político: coloca el problema de su recepción de la cuestión de esa intervención. Quiere decir que una sociología comprometida, una sociología de la actualidad, supone que uno no escribe solamente para sus pares sino para un público más amplio. Lo que implica encontrar primero que nada soportes editoriales que permitan llevar a cabo este objetivo. Después de haber trabajado un poco, di algunas entrevistas a la prensa francesa y extranjera, escribí artículos... Escribí inicialmente textos con un objetivo político, aclarar a mi manera el alcance político de las revueltas; y terminé por escribir este libro, que fue publicado en Francia una colección que se llama *Savoir-agir*, publicado por la asociación *Raisons d’agir* que es justamente una colección que tiene por objetivo intervenir políticamente desde un punto de vista sociológico. La cuestión era entonces encontrar un estilo de escritura que fuera lo suficientemente legible sin renunciar a las bases mínimas de la científicidad.

Si bien no es el eje del libro, ¿se podría hacer una lectura de esta revuelta en términos de la “desviación” en política?

Justamente hace poco tiempo tuve que re trabajar la cuestión de las revueltas por un coloquio que tuvo lugar en España. El objeto del coloquio era la sociología de la desviación. Organicé la exposición justamente para ver cómo las revueltas son un caso que podía ilustrar las formas de desviación política en la Francia actual. El coloquio se llamaba “La desviación en política: el caso de la revuelta de 2005”. Me parecía un caso muy interesante para estudiar la desviación en política, poco estudiado por los politólogos y los sociólogos. Si uno dice que hay en cada época un repertorio de elecciones legítimas y uno está por fuera de ese repertorio, uno puede decir que uno es

un desviado político. Y la principal consecuencia de ser un desviado político es la de ser juzgado como un apolítico, como un no-político, como un delincuente. En el caso de los jóvenes participantes de la revuelta, es por esto que las autoridades dominantes políticas, judiciales y policiales decían que la revuelta era una revuelta no política y que era una revuelta de delincuentes. En la medida en que las acciones de los participantes de las revueltas son tirar piedras, quemar autos, quemar escuelas, están por fuera de las acciones del repertorio de acción colectiva legítima de la Francia actual. Sin embargo cuando uno se interesa en las motivaciones, en las razones dadas por los revoltosos, uno se encuentra con una dimensión política. Se puede decir que estas revueltas comenzaron contra un caso de mortalidad de abuso policial: dos jóvenes muertos por nada. Abuso policial que se inscribía en una larga historia de violencia policial contra los jóvenes en este tipo de barrios, y que la revuelta estaba de alguna manera dirigida contra el discurso de Nicolas Sarkozy, que en ese momento era el ministro del Interior y hoy es presidente de Francia. En mi relato de las revueltas aparece bien claro que Sarkozy va a decir principalmente dos cosas: primero, que si estos jóvenes eran perseguidos por la policía es que eran delincuentes, lo que se demostró totalmente falso; segundo, contradictoriamente dirá que la policía no tenía nada que ver con esto y que jamás estos jóvenes fueron perseguidos por la policía. Estas declaraciones –que parecían escandalosas para cualquiera y mucho más para estos jóvenes– se inscribían en una serie de declaraciones que había hecho el mismo Sarkozy pocas semanas antes, quien había insultado a los jóvenes de los barrios populares, llamándoles “escoria”. Y lo más insultante todavía es que dijo que había que limpiar con una manguera a presión la escoria de los barrios populares. Entonces creo que esta revuelta era, por un lado, motivada por la violencia física del Estado, y por otro lado por una violencia simbólica también estatal. Es decir, fue una revuelta contra el Estado. Porque para un sociólogo, la definición weberiana básica de Estado es que el Estado tiene el monopolio de la violencia legítima, y lo que agrega Bourdieu es que el Estado tiene el monopolio de la violencia simbólica legítima. Desde este punto de vista uno puede decir, y así lo creo, que estas revueltas tenían razones propiamente políticas.

Su reconstrucción permite observar que estos jóvenes de los suburbios no tenían portavoces capaces de explicitar una “causa”, no tenían organización, proyecto ni reivindicaciones precisas, excepto la renuncia de Sarkozy y un pedido simbólico de “respeto”. Agrega en sus conclusiones que todavía hoy el “resultado político” de

estas revueltas permanece “inhallable”; no tanto porque no tengan sentido político, sino porque nadie asumió ese sentido por fuera del ámbito de los jóvenes participantes. Ahora bien, en este contexto, ¿tiene la politicidad de la que hablaba recién algún marco en el cual encuadrarse?

Creo que esta dificultad tiene que ver con la ausencia, durante un largo período de tiempo, de encuadramiento político de los jóvenes. Esta ausencia de encuadramiento político de los jóvenes, creo, tiene que ver con la caída espectacular del Partido Comunista Francés, especialmente en los barrios en los que estos jóvenes viven. Los únicos militantes presentes en estos barrios han partido. Entonces se ha reconstituido una forma de encuadramiento político, poco a poco, en estos barrios abandonados. Esto se produce especialmente a raíz de los jóvenes que comenzaron la universidad. Los que la terminaron abandonaron los barrios. Los que comenzaron han adquirido muchos recursos culturales, pero no los suficientes para abandonar el barrio; esto, sin embargo, les permite militar en el barrio. Después de las revueltas de 2005 muchas organizaciones político-sociales desarrollaron trabajo político en el barrio. Es evidentemente un trabajo a largo plazo, que no puede dar resultados de un día para el otro. Hay que tener en cuenta además la división entre una parte de la clase popular establecida y otra parte marginada; es decir, entre una clase obrera de origen francés que vive en casas normales y una clase obrera de origen inmigrante que vive en torres. Esta fractura tiene razones de carácter objetivo y razones de carácter subjetivo; el carácter subjetivo tiene que ver con el trabajo político especialmente del Frente Nacional que ha trabajado para profundizar estas separaciones, estas divisiones de las clases populares. Nicolas Sarkozy fue elegido presidente retomando el discurso que desarrollaba el Frente Nacional, continuando por su cuenta el tema de la crisis de identidad francesa. Cuestiona a los inmigrantes acusándolos de delincuentes, terroristas, fundamentalistas islámicos, comunitaristas. La derecha francesa es inteligente; en alguna época se decía en broma entre los intelectuales franceses que la derecha de Francia era la más estúpida del mundo, pero hoy no es cierto. La derecha actual es muy hábil. Supo utilizar esta fractura entre las dos alas de la clase popular. En relación a la politización de los jóvenes de los barrios populares, hablé de las asociaciones creadas por los jóvenes de los barrios, hablé de la manipulación por parte de la derecha y puedo hablar de una empresa política particular, aunque no conozco su impacto en los barrios populares pero sé que tiene un gran impacto entre los intelectuales y en los medios. Es un tipo de movilización política

que se construye sobre la base de la necesidad y que tiene como principio la constitución de un grupo sobre la base del color de piel. Es un discurso de minorías visibles que se alimenta de la importación en Francia de los estudios poscoloniales norteamericanos. Desde hace unos 30 años, el Estado ha puesto en funcionamiento una serie de políticas destinadas a resolver ciertos problemas de marginalización. Políticas de inserción que apuntan a insertar a los jóvenes sin calificación en el mercado. Luego hay una segunda política, la política de la ciudad, que tiene como objetivo desenclavar estos barrios abandonados renovando los edificios, mejorando el transporte, la puesta en funcionamiento de trabajadores sociales, la transformación de las políticas de seguridad, la política de lucha contra la delincuencia, que aumentó en estos barrios y que produjo una policía más violenta.

¿En qué medida estas políticas han tenido efecto?

Las políticas de seguridad seguramente sí. Las cárceles tienen cada vez más población. Esto no significa que la delincuencia haya disminuido. Respecto de las políticas de inserción y las políticas de la ciudad, uno no puede tener un juicio totalmente negativo respecto a ellas. Es una red de protección mínima que evita la pauperización radical de los habitantes de estos barrios, no son villas ni guetos americanos; es totalmente exagerado hacer esta comparación, aunque no por esto la situación es menos dramática. Sobre la permanencia de un Estado social, indiqué la permanencia del Revenu Minimum d'Insertion (RMI), el seguro que evita la pauperización más dramática; después de las revueltas de 2005 el gobierno dijo que iba a tomar medidas de carácter excepcional, que iba a poner en marcha un verdadero Plan Marshall en estos barrios; pero en lugar de Plan Marshall reforzaron la represión policial. Si la pregunta es qué ha hecho el Estado, diría: hay más policías que antes.

¿Se puede comparar lo que sucedió en Francia en 2005 y lo sucedido en Argentina a fines de 2001? Se han establecido algunos paralelos y algunas diferencias. Por ejemplo, la ausencia de reivindicaciones políticas claras, el cruce de varios sectores de clases medias y populares; hay quienes hablaron en ambos casos de revueltas “apolíticas” o incluso “antipolíticas”. ¿Cómo ve la posibilidad de comparar estos acontecimientos?

Lamentablemente no soy especialista en América Latina. Admito que me hecho también la pregunta, si hay algún tipo de comparación posible entre este tipo de revueltas protopolíticas. En los dos casos son revueltas sin portavoces, sin reivindicaciones claras, bastante violentas. Desde ese punto de vista pueden ser comparables. Si continuara esta comparación diría cosas del orden de la evidencia pero que no sería en vano recordar: en primer lugar, donde hay violencia hay casi automáticamente delincuencia. Para desarrollar y demostrar esto pasé mucho tiempo de mi vida. También donde hay delincuencia hay policía. Si usted pone frente a frente delincuentes y policías hay inevitablemente bravuconadas de una parte o de la otra. Y las bravuconadas degeneran casi siempre inevitablemente en enfrentamientos violentos que pueden durar muchos días. De esta forma ocurrió en Francia en noviembre de 2005 y desde este punto de vista creo que es algo similar a lo que pasa en América Latina, en Brasil o Argentina o hasta en África. Pero hay dos diferencias. Primero en relación a la pobreza, en Francia hay una red de protección a la pobreza, como decía hace unos instantes. Eso puede por supuesto cambiar; mientras exista esto se mantiene un umbral, una línea de pobreza que no es tan baja. La otra diferencia importante que está muy ligada a la primera, es que no hay o hay muy pocas bandas criminales organizadas como se pueden encontrar en África o América Latina. Lo que no quiere decir que no haya delincuencia. Pasé mucho tiempo trabajando sobre el mundo de las bandas y sus diferentes formas, pero no creo que tengan la misma extensión ni que recurran a la misma violencia que en América Latina o que en Estados Unidos. En Francia las armas son raras de encontrar, aún las armas blancas. No es algo corriente. Por lo tanto el nivel de violencia es más bajo. Ahora, en relación al aspecto multiclasista de las revueltas, no sé qué pasa en América Latina, pero creo que el problema general que plantea es un viejo gran problema que Marx ha planteado ya en el siglo XIX. Es por un lado la relación complicada entre el lumpenproletariado y el proletariado y también un vínculo muy complicado entre la fracción de la inteligencia y el lumpenproletariado. Siempre hubo en Francia, no solamente aquí, una suerte de fascinación de la inteligencia por el lumpenproletariado, entre los anarquistas por ejemplo; lo hemos visto en las revueltas de noviembre de 2005. Pero en Francia vimos cosas muy diferentes: por un lado, una actitud muchas veces muy dura del proletariado francés frente a estos jóvenes que quemaban autos; por otro, una facción intelectual “radical-chic” que veía en los revoltosos una nueva vanguardia del proletariado internacional. No sé qué ocurre en América Latina, pero no excluyo que se den situaciones comparables en este sentido. En el marco de esos barrios populares

abandonados, los revoltosos fueron relativamente apoyados, pero no tuvieron grandes posibilidades en otros barrios populares más antiguos. En cierta forma, los habitantes del barrio comprendían la situación de estos jóvenes que luchaban y batallaban contra la policía. Es un modo de ver, una especie de premisa de sociabilidad colectiva en estas clases populares precarizadas, muchas veces de origen inmigrante. Al mismo tiempo, lo que decía antes, la puesta en escena hecha por los medios y por los políticos contribuyó a reforzar la distancia entre esos jóvenes, digamos esta clase obrera inmigrante, y la clase obrera francesa que vive fuera de las torres de las *cités*. En relación al estado de la lucha de clases en Francia, esta división dentro de las clases populares es un elemento particularmente dramático. En este sentido, ¿hay un aumento de la conciencia de clase de las clases populares? Una vez más: sí y no. La movilización, la protesta, la toma de posición de estos *outsiders* es una forma de toma de conciencia política, pero la forma en que se expresan y la forma en que son puestos en escena por los medios y los políticos refuerza la división en el seno de las clases populares. Es una situación muy paradójica, que nos obliga a estar muy atentos.